

Resultados del seguimiento arqueológico de las obras de rehabilitación del Fuerte de San Cristóbal en Badajoz

JUAN JAVIER ENRÍQUEZ NAVASCUÉS
Área de Prehistoria. Dpto. de Historia. UEx
enriquez@unex.es

RODRIGO CORTÉS GÓMEZ
alamut@alamut-badajoz.com

ASUNCIÓN LAVESA MARTÍN-SERRANO
asun.lavesa@gmail.com

RESUMEN

Se presentan los resultados de los trabajos arqueológicos efectuados en el fuerte de S. Cristóbal de Badajoz con motivo de las obras de rehabilitación de 2013. Las estructuras encontradas y los materiales arqueológicos indican una ocupación calcolítica, además de un horizonte cultural del Bronce final y posibles ruinas de la ermita de S. Cristóbal. Pero la mayoría de las estructuras corresponden al fuerte del s. XVII y sobre todo a las reformas francesas de inicios del XIX y posteriores acondicionamientos.

PALABRAS CLAVE: Cerro de S. Cristóbal, Badajoz. Materiales calcolíticos y del Bronce final, estructuras del siglo XVII, reformas de la ocupación francesa de principios del XIX.

ABSTRACT

A presentation of the results of the field work made in the Fort of St. Cristóbal in the city of Badajoz, in the context of the rehabilitation works in 2013. The structures uncovered and the artifacts point to a Calcolithic occupation, in addition to a Final Bronze Age horizon and the possible remains of the church of St. Cristóbal. However, most of the buildings are part of the 17th century fort and mostly to the French rebuilding from the beginning of the 19th century and the re-structuration.

KEYWORDS: St. Cristóbal, Badajoz. Military architecture. Calcolithic and late Bronze Age artifacts. 17th century structures. Reforms by the French occupation troops in the early 19th century.

En el contexto de las obras de rehabilitación del fuerte de San Cristóbal de Badajoz realizadas en 2012 y 2013, se llevaron a cabo una serie de intervenciones arqueológicas tanto en el exterior como en el interior del mismo. Las primeras de ellas se efectuaron con carácter previo al movimiento de tierras, es decir antes del inicio de la intervención arquitectónica, y más tarde se continuaron con el seguimiento y el control de las fases de la obra. Esos trabajos arqueológicos fueron efectuados por la empresa Alamut S.L., bajo la dirección técnica de los autores de este trabajo.

La primera fase consistió pues en la realización de once catas de sondeo, cuya finalidad era determinar la posible existencia de estructuras subyacentes que pudieran ser afectadas por las obras. De estos sondeos, tres se efectuaron en el interior del fuerte, dos en el acceso, cinco en el foso y uno en el foso del revellín. La segunda fase de los trabajos arqueológicos se centró inicialmente en el seguimiento de las obras, con el fin de controlar la posible aparición de cualquier clase de vestigios como consecuencia del desarrollo de las mismas. Este seguimiento nos permitió diagnosticar, documentar y limpiar diversos elementos de la configuración del fuerte. No obstante, en ningún caso se autorizaron estas intervenciones como un estudio o análisis de las estructuras arquitectónicas de S. Cristobal, sino como un mero trabajo de prevención y seguimiento puntual de la obra. El permiso librado por la Dirección General de Patrimonio de la Consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Extremadura no era por tanto de excavación arqueológica, sino, como hemos apuntado, de seguimiento arqueológico.

1. RESULTADOS DE LAS CATAS PREVENTIVAS

En el interior del fuerte la estratigrafía estaba extremadamente alterada por las sucesivas reutilizaciones del espacio y especialmente por las obras de infraestructura realizadas a fines del XIX e inicios del XX. Por ello, de las tres catas efectuadas en este espacio el único resultado destacable fue en la cata nº 11, realizada junto al acceso, en el punto en el que, a juzgar por el edificio reflejado en el plano conservado en el Krigsarkivet de Estocolmo (1658) (fig. 1), podrían encontrarse los restos de la ermita de San Cristóbal. En este sondeo se documentó un muro de grandes dimensiones que sigue un trazado este-oeste, más o menos paralelo a la cortina sur del fuerte (fig. 2) (Unidad Estratigráfica 1118). Este paramento destaca tanto por su potencia, con 1,1 m. de ancho, como por su fábrica, de mampostería trabada con mortero de cal, de mucha mejor calidad constructiva que el resto de los encontrados en la zona. El muro presentaba también varios agujeros de poste (U.E. 1119 y U.E. 1133) y un

escalón en su cara sur. Además, por este lado, aparecía asociado a un pavimento de cal (U.E. 1129) que estaba roto por la cimentación del cerramiento del fuerte. Esta circunstancia nos indica que la estructura documentada era anterior al fuerte, de manera que o bien es parte de la ermita o, tal vez, perteneciera a una fase anterior a la construcción del fuerte del XVII. Sin embargo, la ausencia de objetos y otros elementos arqueológicos asociados a la misma impide una datación certera de la fábrica, pues tampoco se encontró ningún muro transversal asociado a éste.

En el acceso al interior, la cata exterior únicamente permitió documentar un pavimento empedrado (U.E. 102) que cubría esta zona de ingreso. Parece corresponder a la fase de ocupación de la plaza protagonizada por las tropas francesas que remodelaron la construcción previa y la adaptaron al nuevo armamento pesado, que requería ya una pavimentación más resistente (fig.3). Este solado estaba roto por la cimentación del camino cubierto, lo que denota que es anterior a éste. Asociado al pavimento se encontró, en el paramento del fuerte, un vano cegado de grandes dimensiones que también estaría relacionado con esta introducción del nuevo armamento pesado. Precisamente en la fábrica que ciega este vano se puede leer un grafito con una fecha: 1811 (fig. 6), que data así el momento en que este gran acceso fue amortizado. La otra cata fue en la estructura que protege la entrada al fuerte en sí. Los resultados del sondeo permitieron constatar la morfología del acceso primitivo. Se localizó un muro casi paralelo al actual, con fábrica de mampostería trabada con cal y enlucido por su cara norte (U.E. 205), que estaba asociado a un pavimento de guijarros (U.E. 202). Ambos elementos interconectados responden a los restos del antiguo acceso, de menor tamaño que el actual, y que fue reconstruido en el siglo XIX, momento en que también se debió de rectificar el camino cubierto (fig. 4).

Las catas efectuadas en el foso dieron resultados negativos en todos los casos, documentándose tan solo rellenos de matriz arenosa con materiales heterocrónicos, que no aportaron ninguna información destacada. Lo único que permitieron constatar estos sondeos fue la veracidad de las fuentes que señalaban las obras realizadas por las tropas francesas en el foso. De este modo, se comprobó que éste había sido excavado en la roca madre a base de pólvora y, de hecho, en algunos lugares se observan las marcas de los barrenos utilizados para las voladuras (fig. 5).

La cata hecha en el foso del revellín es la única que ha permitido documentar lo que parece ser un relleno arqueológico inalterado. Esta circunstancia podría explicarse por el hecho de que este foso está mucho más elevado que el

del fuerte y por lo tanto sus niveles estratigráficos no fueron tan afectados como los del resto de la construcción del mismo. De igual manera por ser un foso posterior al XVII, no aparece con claridad en el plano del Krigsarkivet. Aquí se encontró una unidad estratigráfica (U.E. 401) compuesta únicamente por materiales prehistóricos, que corresponden al Bronce Final, si bien no es posible determinar con precisión su cronología. Cabe reseñar también la presencia de diversos grafitos muy perdidos en las paredes, que en menor cantidad se reconocieron igualmente en los paramentos del foso (fig. 6 y 7)

2. RESULTADOS DEL SEGUIMIENTO ARQUEOLÓGICO DE LA OBRA

Durante estos trabajos se pudieron documentar algunos elementos de interés, fundamentalmente aspectos pertenecientes a la estructura de los baluartes y una serie de bolsadas con materiales prehistóricos aplastados pero conservados *in situ*.

En el baluarte Este se constató la continuación del muro encontrado en la cata nº 11 que se ha descrito más arriba. También, la presencia de un relleno que amortizaba este muro así como varias de las troneras de la cortina Sur del fuerte. Sobre este relleno se asentaron las escaleras que daban acceso al baluarte en la actualidad. Esta circunstancia parece indicar que este baluarte fue reformado en una época posterior al de la construcción del fuerte, seguramente en 1811. Un pequeño sondeo realizado en esta área durante el seguimiento (sondeo nº 12) permitió atestiguar como el espacio se configuró como una plataforma artillera en un momento relativamente reciente, que cabe relacionar con las reformas llevadas a cabo por el ejército francés durante la Guerra de la Independencia.

El baluarte Norte, por su parte, fue objeto de unos rebajes que permitieron documentar una estructura muraria que presentaba fábrica de mampostería en seco, integrada por mampuestos de medio tamaño escasamente trabajados. El muro seguía un trazado este/oeste, conservándose únicamente la primera hilada, que dejaba en evidencia la pobreza de su fábrica. Seguramente se trata del espaldón de este baluarte, que serviría de límite por el sur, conteniendo los rellenos de tierra que lo colmataban. Dichos rebajes afectaron también, a partir de la citada estructura muraria, a la rampa de acceso con el fin de dotarla de la pendiente adecuada. A raíz de ello se descubrió la continuación del muro que delimita el acceso a este baluarte Norte por el oeste, el cual presenta una anchura de 0,50 m y la misma fábrica que el que ya se conocía: mampostería trabada con mortero de cal. Sigue en un primer tramo el mismo trazado norte/sur que ya se observaba en el sector conocido, para luego girar 90° en dirección oeste,

adquiriendo un trazado este/oeste, paralelo al paramento norte del edificio de la Comandancia. En este segundo tramo conserva un enlucido de mortero de cal por su cara norte y, en los últimos metros, apoya directamente sobre la roca madre.

Al llevar a cabo el rebaje del relleno más superficial del baluarte Oeste, se distinguieron varios muros de mampostería trabada con cal. El mejor conservado presenta una anchura de 0,68 metros y trazado este/oeste. Un segundo muro, perpendicular al mismo, se le adosó por su cara sur dividiéndolo en dos mitades. En su extremo sur parece adosársele otro muro por su cara oeste. Aún se pudo distinguir otra estructura muraria más, situada al este de las anteriormente descritas, siguiendo un trazado norte/sur.

Ciertamente, con los datos disponibles es muy difícil caracterizar de forma adecuada estas estructuras. La ausencia de materiales arqueológicos asociados y el hecho de que estuviesen prácticamente en superficie hacen muy difícil establecer una cronología precisa, si bien no parece aventurado atribuir las, como la mayoría de las obras importantes realizadas en el recinto antes de su conversión en centro de aislamiento para enfermos, polvorín y prisión militar, a las reformas llevadas a cabo por los franceses a inicios del siglo XIX. Podría tratarse de parapetos para proteger a la tropa al servicio de las piezas de artillería situadas en este baluarte, o quizás depósitos de municiones relacionados con aquéllas o estancias para el almacenaje de áridos y agua. De hecho, estructuras similares, con un parapeto central para evitar la mezcla de los elementos guardados en él, se han documentado en las excavaciones de la Alcazaba y parecían dedicados al almacenaje de materiales destinados a la ejecución de reparaciones de emergencia en el transcurso de los asedios. De cualquier forma, como ya se ha señalado, haría falta una excavación más extensa y profunda para interpretar correctamente estas estructuras. Ante la imposibilidad de realizarla en la presente intervención, se optó por documentar los tramos visibles y los que salieron a la luz y cubrirlos con una protección geotextil.

Por otra parte, en el transcurso de estas labores, se procedió a la limpieza de la base de los muros del exterior del fuerte, con el fin de comprobar su estado de conservación y, si fuera necesario, ejecutar las actuaciones precisas para su consolidación. Los basamentos muestran cómo se arrasó el cerro al edificar el fuerte en el siglo XVII, dejando ocultos en concavidades y completamente aplastados diversos restos prehistóricos. De esta manera, las primeras hiladas de la construcción parten directamente de la roca madre. Otras huellas evidencian de nuevo las tareas de barrenado que llevaron a cabo los ingenieros franceses para ahondar el foso en los inicios del siglo XIX.

Por consiguiente no ha podido aclararse si antes de la construcción del fuerte del siglo XVII hubo alguna otra obra defensiva, como parecería lógico dada la importancia e interés estratégico del enclave, pero si la hubo sus restos debieron ser arrasados en el momento de la edificación del XVII. Al respecto, mención destacada merece el hecho de que no ha aparecido ninguna pieza medieval en el transcurso de la intervención arqueológica, produciéndose un hiato entre el final de la Edad del Hierro y el siglo XVII. Tan sólo la cata 11 ha dejado al descubierto vestigios de un momento anterior al de la primera fortificación constatada: el citado muro de características totalmente distintas que el resto de los hallados durante la excavación (U.E. 1118), asociado a un pavimento de cal (U.E. 1129), que está roto por la zanja de cimentación del muro del fuerte. Tal vez restos de la antigua ermita de San Cristóbal, como apuntamos antes, en torno a la cual se construyó el fuerte (García Blanco 2001, 97).

Así, a finales del siglo XVII el fuerte de S. Cristobal debió tener ya la morfología básica que conocemos, aunque fueron importantes las alteraciones hechas por las tropas francesas en 1811, dentro del plan de refortificación de toda la ciudad, bien plasmado en el cerro por las voladuras en la roca madre para agrandar el foso, el revestimiento de las escarpas con mampostería, que quizá sustituyó o reforzó otras anteriores del XVII posteriores a los asedios de la guerra con Portugal, y la elevación de los glacis. Ya a fines del XIX, la construcción en el interior de dependencias nuevas, la reorganización del espacio y algunas infraestructuras básicas (pozos, atargeas, conducciones, soleras etc.) para su adaptación como lugar de aislamiento de enfermos, de depósito de pólvora y de arresto militar, supusieron nivelaciones y algunas modificaciones como las de aperturas de vanos en la cortina oeste para dotar a las celdas de ventanas.

Pero aunque no se ha podido documentar con claridad ningún indicio anterior al s. XVII, salvo posibles estructuras de la ermita, sí que han aparecido restos prehistóricos que se vienen a unir a otros hallados en diversos momentos (Almagro Gorbea 1977; Enríquez y Domínguez de la Concha 1984). El conjunto de todos ellos certifica que el cerro fue objeto de ocupación humana durante el Calcolítico, la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro.

3. LOS MATERIALES PREHISTÓRICOS Y SU VALORACIÓN

Algunos materiales prehistóricos se hallaron en el foso del revellín, así como fragmentos dispersos, pero fue durante el seguimiento de las obras cuando se localizaron las bolsadas con materiales prehistóricos, las cuales apoya-

ban directamente sobre la roca madre de tal modo que quedaron selladas por la construcción del fuerte. La excavación sistemática de estas bolsadas es imposible, por estar encajadas entre la roca y las cimentaciones de manera que sólo es posible valorar los materiales muebles que fue posible recuperar

Se localizaron dos bolsadas (fig. 8), una en el frente noreste a cota +207,75 m (coordenadas UTM: 675929,113/4306614,584 N Huso 29) (fig. 9) y la segunda en el lienzo oeste del baluarte noroeste a cota +201,01 m (coordenadas UTM: 675877,4048 E/4306537,2927 E) (fig. 8). El hecho de que se hayan encontrado en ambos extremos del fuerte, unido a que se documentaron materiales similares en actuaciones anteriores, parece indicar la presencia de un asentamiento disperso por el cerro y la zona que ocupa el fuerte.

Los materiales consisten en cerámicas a mano fragmentadas, barros duros con improntas vegetales y en menor cantidad piedras talladas de cuarcita. El conjunto que mayor información proporciona es el de las cerámicas a mano, que en total suman 200 fragmentos de los cuales 47 son bordes, 151 galbos y 2 fondos. Destacan también los más de cien fragmentos de barros cocidos con improntas vegetales. Entre las cerámicas a torno no se identificaron piezas o fragmentos atribuibles a producciones prehistóricas ni protohistóricas, tampoco de época romana.

Entre las cerámicas pueden distinguirse dos grupos distintos en función de sus características tecnológicas y tipológicas. El primero de ellos está caracterizado por formas sencillas de platos, cuencos y vasos de diferente tamaño pero de caracteres físicos muy semejantes: pastas oscuras, colores parduzcos, cocción irregular y superficies casi siempre con alisado simple. Los platos presentan distintas variantes en función de la morfología del borde. La mayoría son de bordes engrosados por el interior y exterior con labio redondeado (fig. 10 n° 1, 3 y 4), pero no faltan otros tipos más abiertos y planos, en forma de casquete esférico, con el borde no destacado (fig. 10 n° 2). Los cuencos por su parte son semiesféricos, algunos de ellos con las paredes reentrantes, de tamaños medianos y grandes (fig. 10 n° 5 y 6). Los vasos presentan formas de perfiles globulares, en unos casos más y en otros menos cerrados (fig. 10 n° 6 y 7), con labios casi siempre suavemente redondeados como ocurre en los cuencos.

La tipología de estos platos, cuencos y vasos resulta muy representativa de los conjuntos cerámicos del Calcolítico, con el que pueden relacionarse también algunos de los materiales líticos de cuarcita tallada. Entre éstos cabe destacar la presencia de un canto de talla abrupta que despeja un filo redondea-

do por casi todo el contorno de la pieza, que es asimilable a los denominados “discos tabulares o “palet discos”, bien conocidos en yacimientos calcolíticos de la zona El resto de objetos de piedra está compuesto por dos fragmentos de cuchillos, algún canto trabajado de filo simple y lascas sin retoque.

El otro conjunto de materiales cerámicos, también a mano en su totalidad, ofrece algunas diferencias en cuanto a la composición de las pastas, cocción, tratamiento de superficies y sobre todo de morfología. Dentro de él hay algunos fragmentos con restos de decoración escobillada, que son de paredes gruesas y tienen las superficies descuidadas (fig. 11 n° 10 y 11). Otros de paredes más finas y con mejor tratamiento de las superficies conservan restos de engobe rojo por el exterior (fig. 11 n° 4). En cuanto a las formas, los mejor representados son las vasijas de bordes correspondientes a vasos de superficies bien tratadas, con las paredes ligeramente cóncavas bajo el borde (fig. 11 n° 1-3). También hay algunas formas de cazuelas con carena alta (fig. 11 n° 5) y vasos pequeños de perfil en S, entre los que destacan algunos bruñidos de paredes finas (fig. 11 n° 6 y 8). No faltan fragmentos grandes de superficies toscas, entre las que se encuentran dos fondos planos de vasos gruesos y grandes (fig. 11 n° 9).

Este grupo de materiales pueden ponerse en relación con otros hallados en la superficie del propio cerro de S. Cristóbal y que, con una mejor caracterización, se han atribuido a momentos antiguos del Bronce final (Enríquez y Domínguez 1984, 9-11).

Respecto a los barro con improntas, al margen de algún fragmento rodado, el grueso de ellos apareció formando un conjunto completamente aplastado, junto con otros fragmentos cerámicos calcolíticos. El examen al microscopio de diversos trozos de buen tamaño no permitió identificar con qué clase de restos vegetales se realizaron las improntas, pero un buen número de ellos acusaba quemaduras de desigual intensidad. El grosor de los fragmentos también era variable y las improntas, casi siempre profundas, con más de 2,5 cm, se disponían en distintas direcciones. Algunos de esos fragmentos, más gruesos que los demás, parecen corresponder a esquinas reforzadas, detalle éste que pudiera indicarnos que se trata de restos de una techumbre de barro con improntas la cual presentaría un lógico reforzando en las esquinas.

En conjunto, la valoración que puede hacerse de todos los grupos de cerámicas y piedras trabajadas nos remite a la ya bien atestiguada presencia de materiales arqueológicos prehistóricos en el cerro S. Cristóbal (Almagro Gorbea 1977; Enríquez y Domínguez 1984), aunque sin contextualización ni posición

estratigráfica. De hecho, el estado en que se encuentra el cerro y una serie de sondeos efectuados en 1983 permitieron señalar las perspectivas poco favorables del lugar para la conservación de restos arqueológicos antiguos no alterados (Enríquez y Domínguez 1984, 8). Esta nueva constatación de la presencia de materiales prehistóricos en el lugar, como resultado del seguimiento de las obras de acondicionamiento del fuerte, vuelven a incidir en el hecho de la ocupación y utilización del cerro especialmente en el Calcolítico pleno y Bronce final, que son los periodos en los que, hasta ahora, se tiene documentada una ocupación y explotación más intensas del territorio que circunda a la actual Badajoz (Enríquez 1999 y 2001).

Cabe resaltar no obstante un aspecto nuevo, que es el de la definición genérica del uso de la parte alta del cerro donde se ubica el fuerte como área de habitación durante algún momento del Calcolítico pleno, cuanto menos. El numeroso conjunto de barro con improntas que pudiera relacionarse con una techumbre, integrado en un estrato sellado por los cimientos de muros modernos, parece indicar la presencia en ese punto de al menos una cabaña calcolítica que, junto a otros restos asociados a la misma, terminó por ser arrasada y en este caso algunos de sus vestigios sellados.

Por otro lado, los materiales cerámicos del Bronce final aparecieron más dispersos y en menor número, de tal manera que no se puede asegurar que no provengan de remociones y/o acarreo de otras partes del cerro. Además ese lote cerámico ofrece pocas variantes tipológicas en comparación con las que han podido señalarse como características del Bronce final a partir de las recogidas en otras partes del contorno de S. Cristóbal. Aunque no se trata de un argumento que pueda considerarse determinante, sobre todo a tenor de las alteraciones morfológicas de todo el alto, pudiera ser significativa la escasa presencia entre estas cerámicas del Bronce final de vasijas de paredes finas, como copas y vasos de cuidada terminación, de igual manera que la ausencia de fragmentos con decoración bruñida, que sí que fueron encontradas en otras zonas de S. Cristóbal (Enríquez y Domínguez 1984, fig. 4). Por tanto, este espacio no ha conservado elementos materiales relevantes del Bronce final, aunque, como hemos señalado, la constante reutilización de esta zona y el arrasamiento de que ha sido objeto impide valorar con precisión la poca entidad numérica de los mismos.

En conclusión, cabe destacar pues la presencia de restos calcolíticos, de manera especial aquellos que se han localizado en estratos sellados por las cimentaciones de potentes muros modernos (fig. 8 y 9). Precisamente la existencia de estos muros impide poder ampliar la excavación de esos estratos. La

representación de materiales del Bronce final es menor, aunque es difícil valorar este aspecto pues la ocupación perteneciente a este periodo está bien atestiguada por hallazgos en otros puntos. Así a diferencia de la mayoría de los materiales calcolíticos, los del Bronce final encontrados pudieran corresponder a acarreos y remociones de otras zonas de S. Cristóbal. Más llamativa es por tanto la ausencia de materiales claros pertenecientes a la Edad del Hierro, sobre todo porque ha habido hallazgos de notable interés y representatividad y entre ellos los de algunas piezas muy bien conservadas (Enríquez y Domínguez 1984). Precisamente esta zona alta es una de las más alteradas, pero pese a ello es extraña la ausencia de vestigios del Hierro, más si cabe porque del Calcolítico sí que hay y algunos sellados por muros de la fortificación, hecho éste que implica que, al menos en esos puntos, si hubiera habido estratos del Bronce final y del Hierro con ellos hubiera sucedido lo mismo ó, cuanto menos, deberían haber quedado vestigios muebles. No obstante, si tenemos en cuenta que la intervención arqueológica ha sido de seguimiento del movimiento de tierras y sondeos de alcance concreto, estas consideraciones tienen que ser forzosamente limitadas y por tanto no del todo definitivas en cuanto a la valoración que puede hacerse del uso de este espacio, y del propio cerro de S. Cristóbal, en épocas prehistóricas.

De este modo, cabe recordar que el valor estratégico del lugar, con buen campo visual abierto a los vados del Mayordomo, La Crespita, Vado Ancho y también al más alejado de Valdorcás, hay que entenderlo junto al que posee el cerro de la Muela, justo enfrente, al que el arroyo Rivillas arropa por uno de sus flancos. Este cerro de la Muela o de la Alcazaba ha proporcionado una secuencia compleja de materiales y estructuras del Calcolítico, Bronce final y Edad del Hierro, con mayor presencia y extensión. Parece así que tuvo un mayor peso e importancia (Enríquez 2001), es decir un mayor protagonismo general durante todos esos periodos, tal vez por reunir mejores condiciones de seguridad y de control del territorio circundante. Si esto fue así, S. Cristóbal sería un reflejo de las dinámicas de ocupación de la Alcazaba y de todo el entorno físico del viraje del Guadiana al topar con el batolito de Évora y cambiar su dirección a la altura de estos cerros-islas de la Muela y S. Cristóbal.

Para el Calcolítico y Bronce final del entorno de la actual Badajoz se ha detectado una dualidad de asentamientos en llano y en alto, que no está de momento atestiguada para la del Hierro a un nivel mesoespacial. Pero está aún por aclarar el papel que desempeñaron estos asentamientos en alto en ambos periodos. Para el Calcolítico, la serie de poblados en llano y penillanura que se conocen no está aún demostrado que se articulara en torno al de la Alcazaba ni

para una fase inicial ni para la final del periodo. De hecho los hallazgos calcolíticos de la Alcazaba, como los de S. Cristóbal, no incluyen materiales representativos desde el punto de vista de la estratificación social como son las cerámicas campaniformes y objetos de cobre asociados. Para el Bronce final tampoco, pero se trata de un periodo con menor número de yacimientos conocidos en este entorno que el Calcolítico. En cuanto a la E. del Hierro, parece que sí que el protagonismo recayó sobre esos asentamientos en alto, aquí sobre todo en el de la Muela/Alcazaba, con un probable papel secundario para S. Cristóbal, quizá una extensión del primero al otro lado del río.

4. CONCLUSIONES

Obviamente en base a una intervención arqueológica como la efectuada no es posible plantear una lectura histórica del dilatado proceso de usos y reformas del espacio ocupado por el fuerte de S. Cristóbal. Ni siquiera una aproximación general a la misma. Pero sí que pueden señalarse la presencia de ciertas estructuras constructivas y elementos materiales aparecidos de manera puntual. En concreto, la consideración de las estructuras y materiales arqueológicos documentados en estas intervenciones permiten señalar los siguientes aspectos: en primer lugar la presencia de una ocupación de la parte del cerro donde se ubica el fuerte durante el periodo Calcolítico, fechable en el III milenio y con un carácter habitacional. De igual manera del Bronce final, en el tránsito del II al I milenio a.C., aunque en este punto con menos intensidad. No se ha encontrado ningún vestigio romano ni medieval, dato este último sorprendente a tenor del interés estratégico y del episodio relacionado con la fundación de Batalyaws protagonizado por el deseo de Ibn Marwan de instalarse en el cerro del Baxarnal, (Abenacoltía el Cordobés, 1926, 75 y 85) y no en el Cerro de la Muela, dónde finalmente se levantó la Alcazaba.

El muro y pavimento correspondientes a las Unidades Estratigráficas 1118 y 1129 de la cata 11 podrían corresponder a la ermita de San Cristóbal o bien a una primera fase del mismo fuerte. Sí que queda claro que la construcción en el XVII partió de cimentaciones que apoyaron directamente sobre la roca, tras una regularización de cotas y utilizando a veces paramentos ciclópeos. Debió de haber por tanto un verdadero arrasamiento de las estructuras anteriores, si es que las hubo con cierta envergadura. De las reformas que sin duda se hicieron tampoco han aparecido claros testimonios, tan solo algunos elementos materiales encontrados en rellenos revueltos, y por tanto fuera de contexto, que pudieran corresponder a la fase de construcción y primeras reformas, caso de un fragmento de cerámica de la fase tricolor de Talavera, fechable en el XVI-

XVII y otros de producciones portuguesas del XVIII-XIX. De esta manera, poco puede clarificarse en relación a la documentación analizada por García Blanco para este periodo del XVII (García Blanco 2012), mientras la ausencia de elementos arqueológicos precisos fechables en el XVIII está en consonancia con la escasa incidencia de los grandes proyectos de ese siglo en el fuerte de S. Cristóbal (Tejeiro y Meléndez 2000, 107 y ss.). Tal vez ciertas reparaciones y actuaciones han podido quedar enmascaradas o incluso transformadas por las remodelaciones francesas, pero fuera así o no parece que la fisonomía no debió cambiar mucho (García Blanco 2012, 135).

Las mayores incidencias constatadas sobre la estructura básica del XVII han sido las reformas efectuadas por los franceses en los inicios del XIX con motivo de la guerra de la Independencia, las cuales se han visto reflejadas tanto en los acondicionamientos de los baluartes como en los fosos, zona de entrada y al exterior. Con ellas se constatan alteraciones que recoge el plano de P. Hennerberg de 1812 y otros posteriores, donde la ermita no se refleja con claridad, bien por haber sido demolida o transformada (García Blanco 2012, 141), y materialmente las noticias proporcionadas por el coronel Lamarre, jefe de ingenieros de la guarnición francesa en 1811, que recogen los continuos asedios al fuerte por parte de las tropas anglo-portuguesas y como sus defensas sufrieron numerosos daños. Por ello, el gobernador de la plaza, el general Philippon, tuvo que emprender la reparación y reforzamiento de todas las fortificaciones de la ciudad, en especial las de San Cristóbal (Valdés 2011, 9-10). Las plataformas del baluarte este y los otros acondicionamientos citados para la artillería así como los enlucidos con grafitos cabe atribuirlos a la presencia francesa, como las conocidas huellas de barrenos en el foso.

De los usos más recientes previos al abandono del fuerte por parte de los militares, anteriores por tanto a la venta del Ministerio de Defensa al Ayuntamiento en 1973, prácticamente ningún dato nuevo cabe reseñar, salvo la mencionada presencia de pozos, conducciones, restos de suelos y aperturas de vanos en la cortina oeste para ventanas en las celdas, o la transformación de la casa del Gobernador.

BIBLIOGRAFÍA

- ABENALCOTÍA EL CORDOBÉS (1926): *Historia de la conquista de España. Colección de obras árabigas de Historia y Geografía*. Traducción de don Julián Ribera. Tomo II. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): “El Bronce final y el Periodo Orientalizante en Extremadura”. *Biblioteca Praehistorica Hispana XIV*. Valencia.
- ENRÍQUEZ, J.J. (1999): “La Prehistoria en Badajoz y sus alrededores”. *Apuntes para la Historia de Badajoz I*. Editora Regional de Extremadura. Badajoz, pp. 103111.
- ENRÍQUEZ, J.J. (2001): “La articulación territorial de la Arqueología de Badajoz. Los ejes del poblamiento preislámico”, *Revista de la Sociedad Arqueológica de Extremadura* 1, Badajoz, pp. 3745.
- ENRÍQUEZ, J.J. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C. (1984): “Yacimientos pre y protohistóricos de Badajoz y sus alrededores”, *Revista de Estudios Extremeños* 40, pp.562582.
- GARCÍA BLANCO, J. (2001): *Las fortificaciones de Badajoz durante la Guerra de Restauración de Portugal (1640-1668)*. Badajoz.
- GARCÍA BLANCO, J. (2012): “El fuerte de San Cristóbal y sus instalaciones interiores”. *O Pelourinho* 16, 2º época pp. 125153.
- TEJEIRO, J. y MELÉNDEZ, A. (2000): *La fortificación abaluartada de Badajoz en los siglos XVII y XVIII. Apuntes históricos y urbanísticos*. Badajoz.
- VALDES, V. (2011): *La Guerra de la Independencia en Badajoz: fuentes francesas. Ib. La opinión de los contendientes*. Edición y traducción española de Fernando Valdés Fernández. Diputación Provincial, Badajoz.



Figura 1. Plano del
Kriegsarkivet.

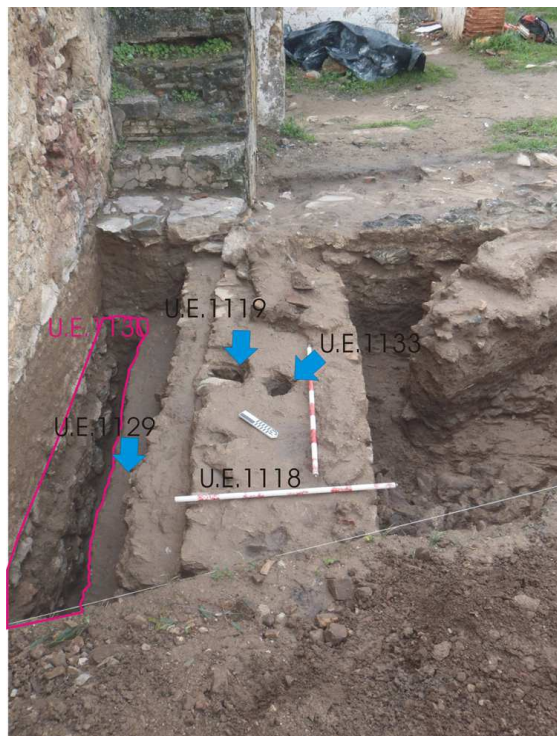


Fig. 2. Muro en Cata 11



Fig. 3. Empedrado en acceso

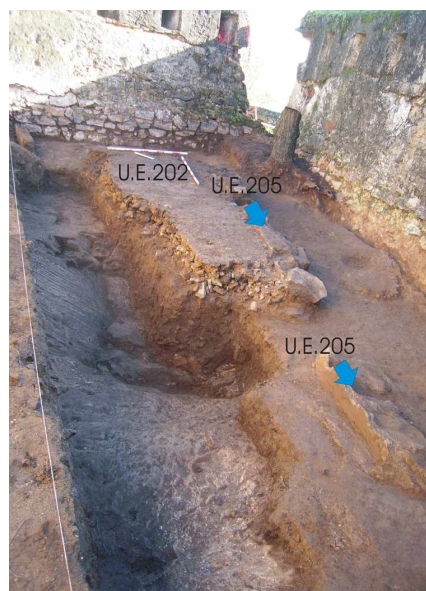


Fig. 4. Acceso



Fig. 5. Marcas de barrenos en el foso

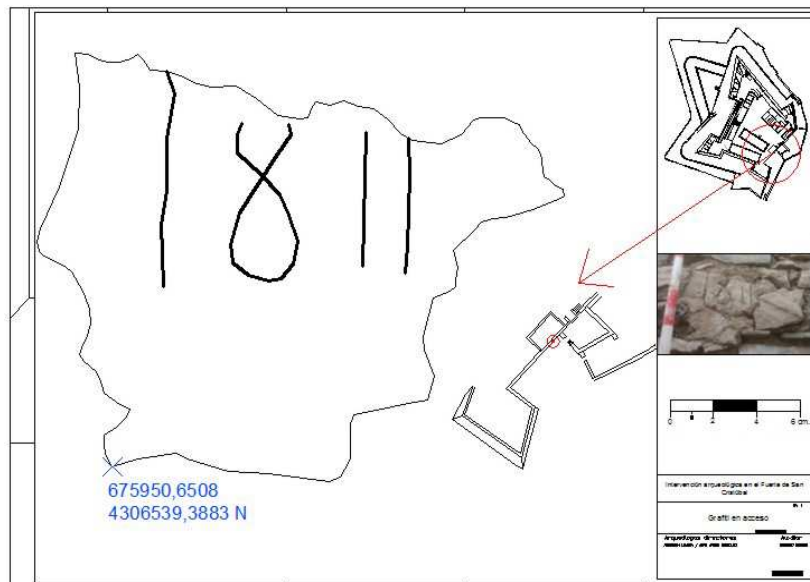


Fig. 6. Grafito en acceso: 1811

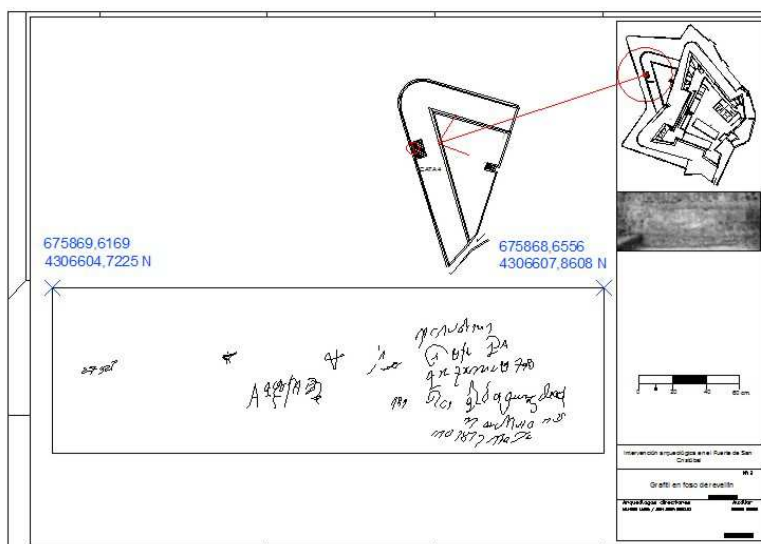


Fig. 7. Grafitos en el foso del revellín

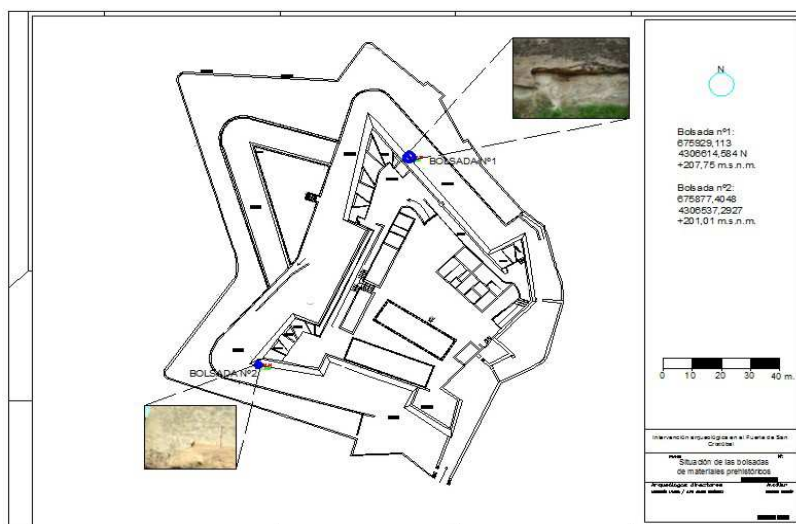


Fig. 8. Plano de situación de las bolsadas



Fig. 9. Bolsada n° 1 entre la cimentación del fuerte y la roca madre

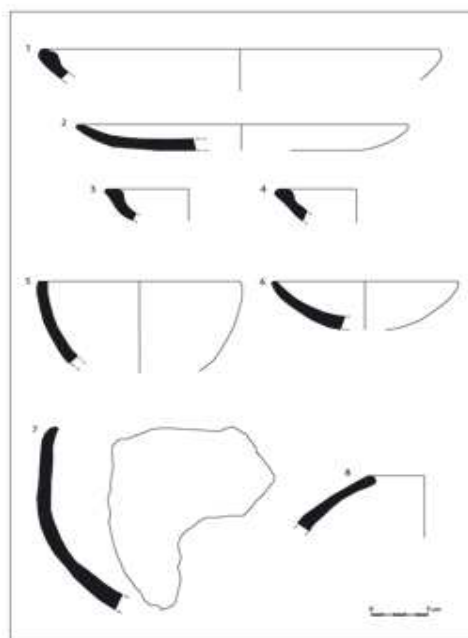


Fig. 10. Cerámicas calcolíticas

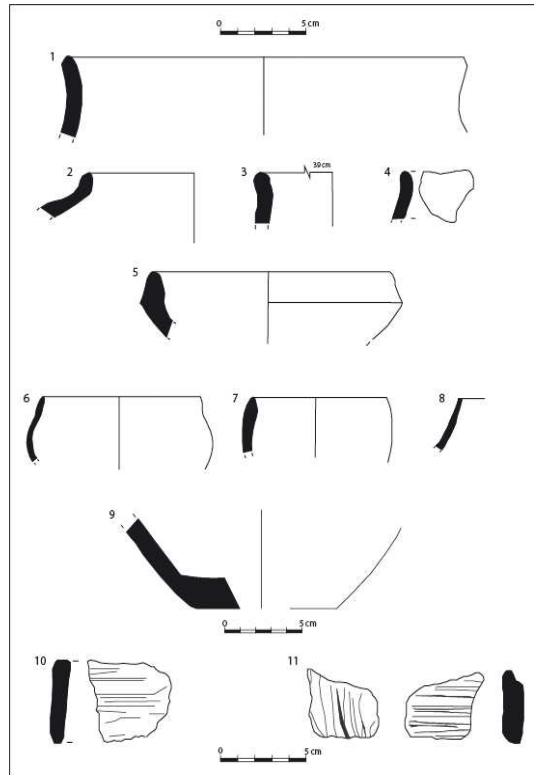


Fig. 11. Cerámicas del Bronce final

